EL MILAGRO DE LA ESCRITURA

Inma Longarela Ceide

Capítulo 1

La luz brillante se oculta. Los adultos emiten, como cada día, el habitual sonido que nos alerta. Sabemos lo que esto significa. Ninguno se queda rezagado. Somos niños aún, pero identificamos claramente la desagradable sensación. Es el miedo.

Casi al instante y en tropel, nos adentramos en la cueva. Los mayores deciden cuando es conveniente permanecer en la boca de la misma o cuando debemos penetrar hasta lo más profundo.

Observo al anciano de la tribu, que de forma ceremonial y solemne, frotando los dos palos, hará magia una vez más.

No sé si he entendido bien pero creo que cuando han tratado de explicarnos como el milagro del fuego les fue dado a conocer, se refieren a los dioses, puesto que el anciano eleva sus manos hacia el cielo y con los ojos fulgurantes, emite gritos y pronuncia sonidos estremecedores.

Arrodillado frente al fuego, no puedo dejar de observar las hipnóticas llamas.

Entonces tomo entre mis dedos un palo a medio quemar que se ha liberado de las devoradoras llamas que todo lo consumen y lo transforman en ceniza. Tiene la punta ennegrecida y humeante.

Sin saber muy bien por qué lo froto contra una piedra de superficie lisa que otras veces se utiliza como asiento.

Me maravilla lo que acabo de descubrir. Dibujo una raya. Luego dos. Paso a unirlas con una tercera. ¡He hecho magia! Yo, el más pequeño de la tribu.

Extasiado por mi descubrimiento, lo intento de nuevo. No vaya a ser que el milagro no se vuelva a producir.

Un círculo. En mis labios, sin ser consciente de ello, se dibuja una gran sonrisa.

Ahora el palo se resiste ¡el milagro está desapareciendo! Intento dibujar otra raya, como la primera vez. Nada. Observo la punta del palo ¡Ya no está negro como al principio del milagro!

Desilusionado, vuelvo la vista a la gran hoguera… ¡y entonces lo veo! No todo está perdido. Otro palo con la punta ennegrecida y humeante

como el primero.

Ahora, emocionado, soy yo el que, antes de volver a intentarlo, dirijo los ojos al cielo, como hace el anciano, para que los dioses no me abandonen.

¡Sí! Lo he vuelto a hacer. Estoy tan concentrado que no me percato de que mis sonoras carcajadas han llamado la atención de los adultos.

Me produce una gran satisfacción y orgullo ver como todos ellos han prestado atención a lo que hice. En sus rostros se adivina la sorpresa y no dejan de mirar atónitos, primero los dibujos de la piedra y después a mí.

Han pasado varios días desde mi gran descubrimiento. Hasta el venerable anciano me mira ahora con gran respeto a pesar de ser un niño. Creo que he descubierto algo importante. Lo cierto es que ahora dedico más tiempo a dibujar que a colocar las trampas para cazar pequeños animales. He dibujado un búfalo, he intentado dibujar a los adultos… incluso me he atrevido a dibujar mi mano. Les estoy muy agradecido a los dioses. Ahora podré contar las cosas que pasan en mi tribu. Así, si vienen más tribus y ven mis dibujos sabrán que soy amigo de los dioses y que me han dado un gran poder.

Capítulo 2